

En dos de estas obras se deja llevar de la corriente de su tiempo, y pone por las nubes á Calderon y á Lope; en la otra, *La crítica del St de las niñas*, reivindica los títulos que tiene á gloria imperecedera y defiende esta joya de nuestro teatro español, contra los ataques de la flamante pedantería. El don Hermógenes, resucitado por Ventura, no tiene tanto chiste como el antiguo don Hermógenes; pero no deja también de tenerle, poniéndose por él en ridículo con bastante gracia algunas de las frases y pensamientos de la crítica de ahora que presume de trascendental.

Casi á par que Ventura de la Vega, empezó á brillar otro personaje literario, cuyas obras tienen un valer menos permanente y durarán mucho menos en la estimación de los hombres de gusto; pero autor este más fecundo, menos sesudo y de más arrojo, influyó más en la revolución literaria, y siguiéndola y extremándola y hasta combinando á veces su pasión literaria con las pasiones de la revolución política que entonces ardía y prevalecía, alcanzó muy superior popularidad. Hablamos de don Antonio Gil y Zárate, que venía sin duda á Vega en extensión de conocimientos, pero que ni con mucho se le igualaba por la pureza del gusto y por el recto criterio. Su fertilidad era también mayor. Ensayó todos los géneros; hizo comedias medianas, como *Un año después de la boda* y *El entretenido*; tragedias á lo clásico, aunque de asunto de época cristiana, como *Blanca de Borbon*; y dramas históricos, en algunos de los cuales tuvo el tino de herir con viveza los más nobles sentimientos del orgullo nacional y de promover entusiasmo y de arrancar aplausos estrepitosos, aun con frases y escenas, que hoy la crítica, algo más difícil y cuidadosa en los análisis, tal vez tilda de palabrerías ó de sobradamente candidas. El triunfo mayor de Gil y Zárate en este género fué con *Guzmán el Bueno*. Aprovechándose, por último, del romanticismo, y mezclando, como ya hemos dicho, su pasión revolucionaria con la pasión revolucionaria predominante entonces en la política, compuso *Carlos II el Hechizado*, que fué el mayor éxito de su musa: éxito, miradas las cosas con imparcialidad, que debe atribuirse más á su ingenio y á su inspiración que á su audacia, y, perdónese lo familiar del vocablo, á su *ingeniería*. Porque no bastaba haber calculado el efecto que, en tiempo que prevalecían las ideas liberales modernas, había de hacer puesto en escena, un rey estúpido y miserable, degenerado descendiente de otros reyes tiranos, juguete de cuantos le rodeaban, sintiendo apenas que se desmoronaba entre sus manos un grande imperio y víctima de las más groseras supersticiones; y no bastaba tampoco el haber calculado el efecto que haría en la escena misma un fraile taimado y feroz, agitado por pasiones impuras y sirviéndose como de un instrumento para satisfacerlas de la autoridad divina y del terror religioso, y no bastaba, por último, calcular el efecto que haría la acción de un hombre denodado que, á falta de justicia humana, se hiciese ministro de la venganza del cielo, volviendo por los fueros de la humanidad y de la moral, y cosiendo al fraile á puñaladas en presencia de los espectadores, que con frecuencia le azuzaban y le excitaban y le aplaudían frenéticos de contento. No bastaba, decimos, todo esto; era menester haber sentido antes, para hacer sentir después al público, todas aquellas pasiones; el odio y el desprecio al tirano imbecil, y el aborrecimiento al fraile, y la creencia de que la caída de nuestro grande imperio había ocurrido en virtud de la corrupción teocrática. Distamos infinito de aprobar tales opiniones; la imparcialidad serena con que en el día de hoy se mira la historia no consiente que las siga un espíritu medianamente cultivado; pero esto no quita su mérito poético á la obra y no se le quitaría aunque hubiera contribuido á que el pueblo, viendo en otros sacerdotes nuevos Froilanes, hubiera imitado á los atenienses con Sócrates, después de ver *Las Nubes*.

Gil y Zárate, cuyas obras principales fueron dramáticas, escribió también dramas sentimentales como *Cecilia ó la ciegueta* y *Rosmunda*. Sus obras didácticas y eruditas han traído alguna utilidad y son de una estimable medianía.

De dos hombres, que solo hasta cierto punto pueden contarse en el número de los literatos, y que sin embargo por su carácter, actividad y afición á la poesía, contribuyeron podo-

rosamente al nuevo florecimiento del teatro y de las letras todas, no podemos menos de decir algo aquí. Fué uno de ellos don José María de Carnerero, traductor y arreglador atinado y dichoso de no pocas comedias francesas, fecundísimo en recursos para todo, y protector de literatos, en un tiempo en que estos, como nunca, si no se buscaban la vida por otra parte ó tenían algo por herencia, se hallaban expuestos á morir de hambre; en un tiempo en que era corta é infecunda la protección de los grandes señores y nula ó casi nula la del trono, y en que el público daba tan poco que la comedia más aplaudida no le valía á su autor arriba de 500 ó 600 reales. En este desamparo, Carnerero, con su flexible habilidad cortesana, su actividad para proporcionarse medios y su afición y prontitud para realizar proyectos, fué como la providencia de las letras, fundando una de las primeras revistas literarias que tituló *Cartas españolas* y publicando más tarde la *Revista española*.

El otro personaje semi-literario es don Juan de Grimaldi, francés de nación que había venido á España en 1823 con el ejército del duque de Angulema, se quedó entre nosotros y se casó con una española; con la célebre actriz Concepción Rodríguez, cuyo talento artístico educó él y contribuyó á que resplandeciese. Ejerció además benéfico influjo en el teatro y en toda literatura, aunque sus obras no pasen de versiones ó arreglos, algunos de los cuales, no obstante, lograron la mayor popularidad, como *La pata de cabra*, comedia de magia.

Ya se entiende que, al hacer la pintura de este período de diez años de nuestra historia literaria, no es posible encerrarlos en él por completo, y al hablar de los hombres que figuraron en él y al citar y juzgar sus obras principales, ora tenemos que volver la vista á lo pasado, ora que adelantamos un poco, llevando nuestra mirada hasta época más reciente.

Casi en el momento de modificarse la política de Fernando VII, sobre todo después de su casamiento con María Cristina, en la época de transición que precede y prepara la era revolucionaria en todos sentidos, aparecen y brillan ya los hombres nuevos ó poco conocidos hasta entonces que van á ilustrarla y á darle carácter.

El periodismo, contra el cual posteriormente tanto se ha declamado, fué el medio más poderoso para difundir la ilustración y despertar el espíritu y gusto literarios.

Cierto género de literatura, apenas cultivado antes en España, empezó entonces á cultivarse con éxito dichoso. Este género ofrecía grandes modelos en otros países, habiendo adquirido en su cultivo algunos autores merecida reputación de clásicos y perfectos. Así, por ejemplo, en Francia Pablo Luis Courier, desde los últimos años del primer imperio y durante la restauración, y en Inglaterra, desde muy antiguo, desde principios del siglo XVIII, Addison, que empezó entonces á escribir y publicar sus artículos del *Spectator*.

Bien se ve que hablamos de artículos literarios, de crítica, de costumbres y de otras varias clases, que por algún lado se distinguían y eran escritos con mayor esmero y reposo que los artículos que se escriben diariamente para defender ó atacar á los gobiernos, para llenar las columnas y sostener las polémicas del periodismo, y para alimentar con noticias la curiosidad y halagar con elogios ó diatribas el espíritu de partido de los suscritores. Se distinguió en este género, empezando á escribir en las *Cartas españolas*, un literato que ya había fijado la atención del público con un erudito y bien compuesto *Manual de Madrid*. Era hombre de excelente carácter, de sano juicio y de estudios, si no muy extensos y profundos, los bastantes para hacer de él una persona ilustrada y de buen gusto; muy amante de su patria, mas no con amor ciego, sino conociendo nuestras faltas y deseando corregirlas, y conociendo también muchas de las ventajas que los extranjeros nos llevaban. Tenía este autor, famoso después bajo el pseudónimo de *El curioso parlante*, así como bajo su propio nombre de don Ramon de Mesonero Romanos, agudo espíritu de observación, viva sensibilidad y alguna fantasía. Su estilo es sencillo sin caer en trivial, y su lenguaje correcto y castizo sin caer en arcaico ni en exageradamente atildado. Todas estas prendas hubieran hecho de él un excelente novelista de costumbres si las hubiese empleado en este género de literatura; pero él prefirió pintar dichas costum-

bres contemporáneas, sobre todo las de su pueblo natal, que es Madrid, en brevísimos cuadros, de los cuales cada uno pudiera encerrarse en el número de un periódico de cortas dimensiones. Al conjunto de estos cuadros dió por título *Panorama matritense* y *Escenas matritenses*, y cada uno de ellos y todos juntos obtuvieron del público el favor más decidido, porque el público, al verse retratado en ellos con exactitud y fidelidad y con cierta malicia burlona, aunque mansa y apacible, no podía menos de conocer que la censura y la lección eran como de amigo cariñoso, por donde la recibía sin duda con gusto y agradecimiento. Este favor del público Mesonero Romanos le conservó en auge durante no pocos años, logrando una popularidad extensísima en razón á lo poco que se lee en España, y haciendo leer sus artículos, ya por separado en los periódicos, ya reunidos en colección. Todavía recientemente, y después de un largo silencio, ha publicado Mesonero Romanos en *La Ilustración española y americana*, una nueva serie de trabajos suyos, que con el título de *Memorias de un setentón* andan ya impresas en tomo aparte, y que no han sido menos estimadas que sus primeras obras.

Mesonero Romanos no ha tenido el disgusto, muy común en otros autores, de sobrevivir á su fama, y con razón y con orgullo puede, como lo hace, dar las gracias al público, porque le ha escuchado ó leído con atención é interés durante más de medio siglo.

Así como *El Curioso parlante* escribía escenas matritenses, hubo también otro escritor que, de la misma manera, esto es, en breves cuadros, y también con un pseudónimo, pues se firmaba *El Solitario*, empezó á escribir y á publicar *Escenas andaluzas*. Durante algún tiempo, estas escenas andaluzas alternaron con las matritenses en las *Cartas españolas*; pero, fuerza es confesarlo, los trabajos de *El Solitario* no eran, ni con mucho, tan generalmente leídos y celebrados como los de *El Curioso parlante*. Sin embargo, los de *El Solitario* merecen, sin duda, mayor atención por parte de la crítica, y ocupan, en nuestro sentir, más elevado puesto en la historia de nuestra literatura. Don Serafín Estébanez Calderon, verdadero nombre de *El Solitario*, fué uno de los más originales y peregrinos ingenios que en la primera mitad de este siglo han florecido en España. Sus gustos, sus estudios, sus aficiones, su manera de ser en todo y hasta su manera de vestir, de andar, de hablar y de pronunciar lo que hablaba, hacían de él el español puro y neto y exento de toda mezcla, con sus ribetes, puntas y collar de andaluz chistosísimo. Era hombre de feliz memoria y de variada y extensísima lectura; pero todo lo que sabía quedaba como en sombras y en segundo término subordinándolo á su saber principal y predilecto, que era de cosas españolas, sobre todo de los siglos XVI y XVII. Esta afición, este saber y el perfecto manejo y estudio de libros de entonces, hubieran bastado á crear en él una segunda naturaleza, si ya desde *ab initio* no la llevara en sí, y á convertirle en un español de la mencionada edad. Aunque era lento y algo torpe para expresarse, su palabra y su frase, por lo mismo que salía como bala forzada, tenía más alcance y hería con mucha más fuerza que las de aquellos que escriben ó hablan fácilmente. Así como muchos han formado su gusto y han creado su ideal literario en el estudio de los clásicos latinos y griegos, él lo había hecho estudiando á los autores españoles. Y esto con tan buen tino que había limpiado su ideal de toda mancha del latinismo exagerado que suele enturbiar á veces la tersura y naturalidad de nuestros autores del siglo XVI, y del culteranismo, que ensucia, afea y deslucen las galas de los del siglo XVII. Por este arte había creado sin duda, allá en su mente, un concepto bellissimo y original del espíritu español, y con su viva fantasía y demás prendas que le adornaban trató escribiendo de realizar este concepto en él mismo. Estébanez Calderon exageraba las cosas al sostener como sostenía que la lengua española era ya una lengua muerta, pero algún fondo de razón había en su censura, si se atiende á dos motivos: primero, á la introducción de voces y frases nuevas traídas de otros idiomas, cuando no hacen faltan y están ya en el nuestro, por lo poco que se escribía en español y por lo menos que se leía, aprendiéndolo

todo en libros extranjeros, si es que se aprendía algo; y segundo, y esta era igualmente falta venida de tierra extraña, que con la meticulosidad cortesana y nimio atildamiento del pseudo-clasicismo francés se había empobrecido el idioma en palabras, frases y giros, haciéndose, si se quiere, más regular, dialéctico y ordenado, pero también menos pintoresco y menos rico. Este defecto había sido mucho menor en Francia, porque allí los grandes escritores del siglo de Luis XIV enriquecieron la lengua con el caudal propio de su elocuencia á par que la empobrecieron con su crítica; pero en España, así como en otros pueblos neo-latinos, v. g. en Italia, donde los escritores partidarios del gusto francés fueron de menor importancia y no valieron nunca lo que valían los antiguos, resultó que la lengua perdió muchísimo más que ganó. Por bellas que sean las poesías de Metastasio, por ejemplo, no ya solo en giros y frases, sino hasta en vocablos, dejan ver el empobrecimiento del idioma. De seguro que el vocabulario de Metastasio es la cuarta ó la quinta parte del de Dante. Lo mismo se puede afirmar de cualquier autor clasicista español, aunque sea del más rico y castizo, si le comparamos con Tirso, Calderon ó Lope.

Sentido todo esto profundamente por Estébanez Calderon, trató de hacer revivir nuestra lengua, valiéndose para ello de la imitación atinada y juiciosa de lo más selecto que hallaba en los antiguos autores. Tuvo también, no sabremos decir si reflexiva ó instintivamente, la idea constante que han tenido en todas las literaturas los grandes maestros en el arte del buen decir: la idea de que la mejor escuela de la lengua está en los mercados, en los cortijos y en las reuniones de la gente menuda, donde se guardan vivas, briosas y con todo su valor gráfico, frases y palabras que los pulcros cortesanos no entienden ya y que jamás emplean y que hasta los mismos académicos tildan tal vez con la nota de arcaicas, harto familiares ó bajas. Así pues, el afán de Estébanez Calderon fué el de resucitar en el lenguaje, hoy hablado, mucho de lo bello que se empleaba antes del siglo XVIII, y el de poner en la lengua escrita y literaria los elegantes giros, frases y vocablos que copia de boca del pueblo y que conservan el sabor rancio y generoso y los aromáticos dejes de aquellos tiempos antiguos, como si fuesen la solera de un tonel, que estuvo lleno de añejo y exquisito vino.

Claros se ven, por lo que queda dicho, la importancia y la trascendencia de la misión que tomó para sí *El Solitario* y también se ve clara la razón de su escasa popularidad.

Antes de empezar á publicar las *Escenas andaluzas*, al menos en volúmen aparte, había ya publicado una novelita titulada *Cristianos y moriscos*, y un lindo tomo de poesías, en cierto modo al gusto clásico, como entonces era todo; pero selladas ya con el sello de su propia condición. Aquellas poesías, llenas de gracia, sobriedad y buen gusto, se diferencian notablemente de casi todo lo escrito en verso hasta entonces, desde la reforma de Luzán. En ellas no hay el menor signo de imitación ó estudio de los franceses; son como si Boileau y Luis XIV y todo su séquito no hubieran existido nunca, ó el poeta desconociese su existencia. Son, en suma, por la forma, ya que no por las ideas, pues las escribía un hombre del siglo XIX, como la obra desenterrada de un ingenio feliz del XVII, exento de toda extravagancia culterana.

En las *Escenas andaluzas* rayó más alto aun el mérito de Estébanez Calderon. Cada una de ellas puede y debe considerarse como un dechado de lengua castellana. Se diría que aquello no está escrito, sino como bordado y recamado; que es un primoroso mosaico de vocablos, frases y giros pintorescos; de suerte que para el que estudia la lengua es un grato modelo y para el que la ama un hechizo que le deleita.

Es evidente que el mérito de las *Escenas andaluzas* no está solo en la forma, sino asimismo en el fondo, pues en realidad ¿cómo concebir una bella forma con un fondo vacío?

El autor que nada tiene que decir, que no comprende y siente con claridad y viveza la hermosura del mundo visible y los misterios del alma humana, jamás acertará tampoco á tener una forma bella. Es un error creer que un retórico, gramático y anticuario, por habilidoso que sea, tomando frases de acá y de acullá, pueda dar sér, á una obra viviente, y las *Escenas andaluzas*, no hay duda que lo son.

Nadie, desde la muerte del glorioso sainetero don Ramon de la Cruz, había acertado como *El Solitario* á pintar figuras de realce, á dar sér individual é inmortal, á menudo con pocas palabras, con cuatro pinceladas y rasguños y en brevísimo cuadro, á héroes como Pulpete, Balbeja, el señor Lipende y otros, que no morirán nunca.

En la descripción de la naturaleza exterior, así como en la pintura de la vida humana, es *El Solitario* digno de la mayor alabanza. Sus artículos sobre el bolero, la capa, la feria de Mairena, el *roque* y el *bronquis*, y no pocos otros, cuando hallan un lector atento y que sabe gustar y estimar lo que en buen castellano se dice, bastan á hacerle entrar en un mundo de encantos, lleno de regocijada aunque á veces algo truhanesca poesía, en ciertos extraños liceos y academias, situados en el barrio de Triana de Sevilla ó en los percheles de Málaga, y á aprender toda la enciclopedia de artes y ciencias, vida, hechos y dichos memorables, de los bien plantados, de los decididos de chistes, de los tañedores de vihuela, de los lindos cantadores, de los montadores de caballos, de los llamados atrás, de los alanceadores de toros, y sobre todo de aquellos del brazo de hierro y de la mano airada.

La socarronería benévola con que *El Solitario* canta las alabanzas y refiere las glorias de su patria y de sus paisanos hacen también de las *Escenas andaluzas* un inimitable modelo de esto que llaman ahora estilo humorístico, con voz y concepto que se suponen venidos de Inglaterra, aunque en nuestro sentir nada es más propio ni conforme á la índole de nuestra nación, donde siempre se ha empleado la palabra *humor* en idéntico ó casi idéntico sentido, y donde ha nacido el mas humorístico de todos los escritores; Miguel de Cervantes.

Don Serafin Estébanez Calderon, como todos los hombres que cultivaron en España las letras con algun éxito, tomó también parte en la vida política y de él y de los demás se hablará como políticos en esta historia cuando los sucesos lo exijan, si la importancia de los personajes como políticos y la copiosa brevedad con que debemos escribir lo consienten. Aquí debemos añadir tan solo, en elogio de Estébanez Calderon, los demás títulos, en virtud de los cuales se hizo benemérito de las letras patrias. Como poeta, á mas del tomo de poesías de que ya hemos hablado, dejó varias obras estimables: dos romances, sobre todo, en verso corto, *La niña en feria* y *La escuela*, que son una primorosa filigrana de oro acendrado y purísimo, y lo más lindo y propiamente español que puede imaginarse.

Como prosista, además de las *Escenas andaluzas* y de la novela citada, quedan de él un Manual del oficial en Marruecos, obra de utilidad y bien formada, aunque tomada en su mayor parte de libros extranjeros, y algunos bonitos fragmentos de su historia de la Infantería española, que pensaba componer y que acaso por desidia no compuso.

Estébanez Calderon era también arabista, y, aunque de su mérito como tal no ha dejado pruebas fehacientes por escrito, ni nosotros, por ignorancia en dicha materia, podamos juzgarle, todavía merece encomio por maestro, instigador y patrocinador de tan útil estudio, en el cual sacó aventajados discípulos, descollando entre todos don Francisco Javier Simonet.

También le toca no pequeña gloria por bibliófilo, en competencia con Gallardo, Gayangos y Salvá, pues coleccionó muchos libros raros españoles, cuando esta afición do era general como en el día, é hizo que la afición acudiera, y así concurrió poderosamente al cultivo de nuestras letras y de su historia. Su amor á dichas letras y á la nación en que había nacido y su absoluta carencia de envidia hicieron que se mostrase siempre favorecedor de la juventud estudiosa, exhortándola y animándola y contribuyendo no poco á que se formase. De esta suerte, se puede afirmar, en cierto modo, que estuvieron bajo su férula y que se educaron en su escuela algunos de los que más tarde han figurado, como, por ejemplo, su pariente don Antonio Cánovas del Castillo, y también, aunque esto se diga aquí, no para acrecentar su fama, pues no la acrecienta, sino por gratitud y como recuerdo cariñoso, la humilde persona que escribe estos renglones.

De un género parecido á Mesonero Romanos y á Estébanez Calderon, esto es, prosistas elegantes y críticos, que han escrito artículos ó opúsculos mas bien que obras de alguna extensión, empezaron á brillar entonces y siguieron escribiendo y cobrando fama otros varios autores. Entre ellos merece singular mención don Antonio María Segovia, conocido bajo el pseudónimo de *El Estudiante*. Fué hombre de bastante cultura y de delicado gusto literario, pero, como otros muchos ingenios españoles, malgastó y dispó los bríos de su espíritu en obras efímeras y en frívolos trabajos, y, si bien durante algunos años, gozó de alguna popularidad merecida, acabó hasta cierto punto por eclipsarse, aun mucho antes de su muerte. Ha sucedido después con sus obras lo que con las de otros autores también de no escaso valer: que ni las escogidas, ya que no todas ellas, han sido jamás coleccionadas por ningún editor que rindiese piadoso culto á su memoria. Tal abandono ó olvido consiste en parte en lo poco que en España se lee y en lo mal que se hace el comercio de libros, pues no es posible creer que de autor de tanto chiste, travesura y ático gracejo como Segovia tenía, no se haya podido reunir ni siquiera un tomito de obrillas de lectura amena y de interés permanente. El papel que desempeñó Segovia en la revolución literaria hubo de contribuir á hacerle entonces menos popular, pero debiera darle mas valer ahora y hacer que todos conociesen lo útil que fué. Oponiéndose con burlas al torrente de los extravíos románticos; á las ignorancias y sandeces de la prensa periódica, que no puede ni debe considerarse como una institución, lo cual es absurdo, sino como un medio de publicidad, donde tanto el necio y el pícaro como el honrado, escriben lo que quieren; y zahiriendo además los vicios que se introducían en nuestro idioma por culpa de los que no saben manejarle, y la ampulosidad y afectación de los nuevos estilos, sobre todo del político y del filosófico, ¿quién ha de negar que Segovia hizo un gran servicio á las letras?

A veces iría en su sátira mas allá de lo justo; á veces censuraría como barbarismo ó solecismo lo que en realidad no lo era; á veces se mostraría sobrado descontentadizo y harto poco indulgente con las audacias de los noveles escritores, mereciendo el título de *El Cócora* que él mismo se puso en los últimos años de su vida; pero todo esto y mas debe perdonarsele en gracia del tino, del buen humor y del singular y analítico espíritu de observación con que acierta á burlarse y hasta remeda y pone en caricatura. Nada hay, por ejemplo, más hábilmente hecho ni con mas fiel travesura que su traducción del primer capítulo del *Quijote* en el lenguaje de los periodistas del día, ni nada tampoco mas cómico que otro artículo suyo ¡¡¡ *El ser!!!* donde nace la parodia del estilo filosófico y científico de moda.

Segovia, por lo demás, fuera de dichos artículos críticos y de algunos versos alegres, poco ó nada ha dejado.

No recordamos que hiciese mas para el teatro que arreglos y traducciones que tuvieron mediano éxito; pero, en todos sus escritos; lo mismo que en su persona, había una puleritud y un escrupuloso atildamiento, mas convenientes que nunca en época revolucionaria, cuando principalmente se peca por rudeza y desaliño.

Como se ve, en todo aquel período era mas la espontaneidad y la inspiración que el saber y el estudio. De aquí que fuesen mas los poetas que los prosistas, perjudicando á la fama de los poetas la extraordinaria abundancia de ellos y en ocasiones la excesiva palabrería. Dijérase que el versificar con mucha facilidad era un secreto que todos conocían antes y que hubo de perderse con la reforma pseudo-clásica de Luzan, recobrándose por los románticos. Nótese, en efecto, que hasta los mas grandes poetas del período anterior, como v. gr. Quintana y Nicasio Gallego, que aun vivían, son difíciles versificadores. En Quintana se advierte el esfuerzo y se siente lo premioso. Las mas inspiradas de sus composiciones se nota que están escritas primero en prosa y versificadas luego con largo afán, no sin valerse en ocasiones de locuciones impropias. Y Gallego mismo, aunque harto mas maestro del idioma y sintiendo y concibiendo mejor la hermosura de la metrificación, de la rima y de la dición poética, y siendo capaz de produ-

cirlos como nadie, deja ver también la fatiga y el trabajo, y sus versos con mas encomio citados por la perfección y sonora magnificencia de la estructura, parecen un embutido de varios metales, donde cada vocablo es una piececita colocada con escopleo y martillo. La excesiva facilidad trae sus desventajas: mueve y excita á rimar y á versificar sin decir nada ó diciéndolo vaciedades sonoras; pero preferimos la facilidad, porque también se pueden decir y se dicen fácilmente cosas discretas. Y es fuerza convenir en que, si bien Breton de los Herreros y algun otro habían sido ya muy fáciles, la antigua y gran facilidad de versificar se hizo general con el romanticismo, de donde nació un numeroso coro de poetas líricos, de algunos de los cuales debemos hacer mención en esta historia. Antes, sin embargo, conviene hablar de un autor que, á mas de poeta lírico y dramático, fué crítico eminente para entonces, de popularidad muy superior á *El Estudiante*, y eclipsando también, al menos por lo pronto, como autor de artículos de costumbres, á *El Curioso parlante* y á *El Solitario*. Mezclóse mas que todos ellos y con mayor brío y eficacia en las contiendas políticas, y no se opuso á la revolución romántica, sino la moderó y dirigió con sus preceptos y censuras, en sus artículos y con sus ejemplos, sobre todo en el teatro y en la novela. Para ello escribió una novela, y un drama del mismo asunto que la novela; obras ambas de mérito absoluto y que tienen además el mérito histórico de llevar como nada el sello de la época en que se escribieron. El asunto de la novela y del drama fué el poeta gallego Macías el enamorado; su autor don Mariano José de Larra. Empezó á señalarse este agudo escritor bajo el pseudónimo de *El pobrecito hablador*, publicando folletos sin período fijo, sobre autores, comediantes y pintura de costumbres; y, aumentando mas adelante su fama, volvió á escribir con otro pseudónimo: el de *Figaro*.

Como quiera que, según hemos dicho ya, había entonces mas talento que saber y mas entusiasmo que reflexión en los que escribían, y como el público además era mas aficionado á los espectáculos y diversiones que á la lectura, las nuevas ideas y el ingenio español que se mostraba divulgándose hallaron doble eco y superior eficacia que en el libro en el teatro. En él fueron sucesivamente apareciendo las figuras mas gloriosas que hoy son ornamento inmortal en la historia de nuestra cultura. Ya hemos dicho como en 1834 se representó por primera vez *La conjuración de Venecia* de Martínez de la Rosa; un año después, en 1835, *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, del duque de Rivas; y ahora nos toca decir de qué suerte, otro año después, en 1836, hubo un gran acontecimiento teatral que dió á conocer á un joven oscuro hasta entonces, y que es hoy uno de nuestros mas ilustres poetas. El drama, que se representó, era obra de un pobre soldado ó quinto que se hallaba aprendiendo el ejercicio en el depósito de Leganés. El título del drama, *El Trovador*; el nombre del soldado, Antonio García Gutierrez.

Difícil y muy sujeto á error es tasar en su valor intrínseco á un poeta y decir cuáles son las prendas que en él mas sobresalen; pero, ya que no se hable de las facultades mismas, algo se puede afirmar con certeza de las obras. Desde luego, y particularmente en las que se escriben para el teatro, es la primera condición que el poeta atine con el gusto del público en el momento en que las obras aparecen. Esto constituye ya un mérito indisputable. El poeta dramático es como el orador: la popularidad de sus obras no da espera. El poeta lírico, el filósofo, el historiador y hasta el novelista, quizá pueden ir poco á poco penetrando en el ánimo de los lectores y haciéndose entender y admirar, y después ir con lentitud dilatando su fama de un círculo pequeño de devotos á otro círculo mas extenso, hasta llegar por sus pasos contados á hacerse populares; pero el autor dramático es menester que guste inmediatamente y que guste á todos ó siquiera á los mas. No gana su corona ni su título como los otros escritores, recogiendo uno á uno los votos casi sin limitación de tiempo, sino recibiendo los de una vez y siendo coronado por aclamación. En España, donde, como hemos dicho ya, la gente gusta mas de divertirse que de leer, la rapidez y estruendo del éxito y triunfo de los poetas dramáticos eclipsan mas aun que en ninguna otra parte todas las otras glorias literarias, salvo la del orador ó el

tribuno. La gloria del poeta dramático puede y suele ser por lo mismo menos fundada en razón, menos resistente á la crítica y mas efímera que la de otros escritores: mas ¿cómo negar por eso el dichoso ingenio, el tino y la inspiración que se requieren para ganarla?

*El Trovador* de García Gutierrez tuvo desde luego un éxito extraordinario. Su autor poseía, por consiguiente, la inspiración, el tino y el ingenio que para alcanzarle se requieren. La larga carrera ulterior de García Gutierrez ha venido á demostrar que su triunfo fué debido á sus merecimientos y no al capricho momentáneo del vulgo. La crítica en este caso está de enhorabuena, porque sus considerandos y sentencias no van contra la corriente de la opinión general, sino que la siguen y la confirman.

Lisonja sería asegurar que hay en *El Trovador* aquella profundidad *shakespeariana* que tanto se admira en la pintura de los caracteres y en el análisis de las pasiones y sentimientos; pero hay en cambio verdadera pasión de amor, expresada con poético fuego y lírica vehemencia en el héroe y en la heroína, y desenvuelta en una acción que tiene el encanto de una leyenda popular, donde no falta nada para excitar el interés y tener despierta y ansiosa hasta el fin la curiosidad del auditorio. No se ven en *El Trovador* ni rastros del estudio, de la meditación y del trabajo que ha empleado el poeta en concebirle y crearle. Nada mas espontáneo; nada mas fácil. Los versos sonoros fluyen como una fuente. Tan en consonancia están con el sentir y el pensar de entonces, que se graban y fijan tenazmente en la memoria hasta de los mas iliteratos y menos aficionados á versos. Se diría que *El Trovador* es drama concebido por el público y que el poeta no hace mas que redactarle y dárselo luego al público, para que se admire de su concepción propia.

Eta espontaneidad divina es rara y fugaz. Todo autor de valer puede haber tenido algo de ella en alguna de sus obras, pero es punto menos que imposible que la tenga en todas. La tuvo García Gutierrez en *El Trovador* de un modo tan completo que no ha podido después volver á tenerla del mismo modo. En este sentido, pues, es menester confesar que la primera obra es superior á cuanto después ha hecho, y sin embargo, las facultades del poeta, lejos de menguar han ido creciendo durante muchos años y se han conservado hasta nuestros días mostrándose en obras donde la reflexión compensa el valer de aquel acierto primero casi ciego; donde viven y resplandecen siempre altísimas dotes, viva fantasía, riqueza de invención para crear fábulas legendarias, llenas de encanto; algo de tan español y propio nuestro que penetra como nada en el corazón de los oyentes españoles; y una versificación facilísima sin dejar por eso de ser robusta, y un lenguaje muy español sin afectación purista ni arcaica; de suerte que el vulgo mas vulgo comprende su hermosura y casi se alucina hasta el punto de creer que él habla así, y que, si así no habla, es porque se encuentra en mas prosaicas circunstancias que las de los personajes del drama que está escuchando.

Con todas estas prendas, y con una facilidad fecunda que jamás le ha abandonado, García Gutierrez, para el cual, aunque vive, puede ya la crítica dictar el fallo imparcial de la posteridad, nos deja un teatro que honraria á cualquiera literatura, un tesoro de poesía dramática, entre cuyas joyas relucen con brillo superior, *Simon Bocanegra*, *Juan Lorenzo*, *El Rey monje*, *Venganza catalana*, *Crisálida* y *mariposa* y *Un duelo á muerte*, imitación de Lessing.

Es además García Gutierrez muy estimable poeta lírico y en estos últimos años ha venido á consagrarse á la epopeya: extravió propio del poeta popular, en quien, si tiene ciertos como el de *El Trovador*, para los cuales quizá la crítica hubiera sido estorbo, fuerza es también que haya á veces errores y como anacronismos nacidos de carencia de crítica. En el día es posible la leyenda, el cuento en verso, acaso cierto género de poema alegórico-filosófico; pero la epopeya heroica es imposible, y mas imposible aun cuando se toma para asunto de ella á un héroe que no se nos aparece entre nieblas allá en el primer albor de las civilizaciones, sino á quien de lleno ilumina el sol de la historia.